

In Memoriam **Dr. Juan Manuel Ortega Rodríguez**

Alfredo Amador García

Cuando hablo o escribo sobre otra persona, no puedo sustraerme de hacerlo bien o mal. Pero, generalmente, el narrador de una historia se involucra más cuando se trata de hablar bien porque indirecta y subconscientemente también quiere ser protagonista. No quisiera hacerlo. Usted lector trate de hacer un ejercicio biográfico de un ser querido o un enemigo y verá que es muy fácil adjetivar negativamente a una persona sin implicarse en la narrativa. En contraste, si se trata de hablar bien, fácilmente salen anécdotas y conjugaciones en primera persona del plural: “fuimos, hicimos, anduvimos, comimos, estuvimos... etc. etc.” Pido de antemano al lector una sincera disculpa si parezco del último caso. Asimismo, ofrezco disculpas sobre la precisión de fechas, lugares y personajes mencionados.

Juan Manuel Ortega Rodríguez, Doctor y Maestro en Ciencias por la UMSNH nació en 1959 seguramente en la hoy CDMX pues así lo manifestaba. Su padre que a la fecha en que escribo esto le sobrevive, trabajaba en aquel entonces en un cargo en Aduanas, y por esa razón, su familia estuvo cambiando de lugar de residencia. Desde ahí empezó a conocer la diversidad cultural y natural de México que tanto apreciaba y destacaba en sus exposiciones en campo, aula y laboratorio. Pero no solo vivieron en la zona fronteriza con EUA, también lo hicieron en lugares como Mérida y Oaxaca. En Michoacán sé que además de Morelia radicaron un tiempo en Jacona.

De su infancia remota a principios de los 60s, platicaba como a todos los niños en su familia extendida los formaban para darles “emulsión de scotch” que es un complemento vitamínico que sabía a rayos; pero que su madre y sus tías preparaban deliciosos platillos en recompensa a esos tragos amargos de aceite de hígado de bacalao, no solo en las bellas celebraciones tradicionales, sino cada que había oportunidad en tal o cual lugar donde radicaban en ese momento y donde dejaban amistades o familiares. Hablaba de las singularidades de cada región en la que le tocó cubrir una parte de su formación escolar. De los paisajes, de los atardeceres y la cotidianidad a la salida de la escuela. Por ejemplo, de la primaria que entiendo hizo parte en Jacona, Mich. Llegó a platicar de un paraje conocido como “Las Vigas”, que luego de muchos años supe que se trata de un manantial bellissimo resguardado por muros y que abastece de agua la cabecera municipal.

Ya como adolescente en la década de los 70s, le tocó desarrollarse culturalmente en medio de la gran ola del rock, los movimientos sociales del mundo, así como la popularización de la poesía libertaria de Miguel Hernández y Antonio Machado vía los arreglos musicales de su tocayo Joan Manuel Serrat. Aprendió a tocar muy bien la guitarra y otros instrumentos musicales y con sus hermanas y amigos formaron un conjunto que ejecutaban música folclórica latinoamericana. Parece que la Preparatoria la hizo en Morelia. Ahí fue que conoció a su pareja de toda la vida: Adriana con quien contrajo matrimonio y formaron una bella familia a finales de los 80s.

A principios de esa década es que debió terminar su carrera de Biología en la entonces Escuela Nacional de Estudios Profesionales (ENEP) hoy Facultad de Estudios Superiores (FES) Iztacala de la UNAM. Conoció y trabajó con varios profesores del IPN en el ámbito de la botánica sistemática y taxonómica la cual fue una de sus principales motivaciones cognitivas. Pero sus propias inquietudes y talentos que lo habían impulsado a cosas como la música o la poesía, en el área académica lo inclinaban también hacia las ciencias exactas, de modo que incursionaba en el conocimiento de herramientas numéricas y de los incipientes sistemas computacionales para aplicarlos en las ciencias del mundo vegetal.

Juan Manuel gravitaba en los espacios académicos y culturales en que se compartían lecturas estimulantes para las mentes científicas y desde luego, donde era imprescindible la comprensión de la literatura en inglés. Leía rapidísimo los textos en inglés; adicionalmente, algo que siempre me sorprendió es que se sabía de memoria muchos poemas. No sé si intencionalmente los memorizaba o por leerlos frecuentemente se los aprendía. Como quiera que haya sido, esa “voracidad” por aprender (conocer) y aprehender (captar por medio de los sentidos), es lo que caracterizó esta etapa de su juventud y lo marcó para toda la vida, conociendo

siempre cosas y dando explicaciones prácticas a sus pupilos. Ya digo, si se trataba de conocer de música no se conformaba con el clásico “chun-ta-ta”, se iba a los fundamentos de las escalas y las notas musicales y así dominar, en este caso, ejecuciones clásicas en guitarra. Si se trataba de conocer de algún escritor(a), leía varias obras y revisaba los aspectos biográficos del (la) autor(a). Y no se diga en cuestión científica, se remitía a las fuentes de descripción de una planta para confirmar su identidad taxonómica, lo mismo que escarbaba en las instrucciones de los lenguajes de programación de cómputo que empezaban a difundirse. Desarrolló un pensamiento racional rígidamente científico y fue un convencido ateo. Pero no por ello era insensible a los temas políticos, sociales o artísticos, muchísimo menos a la tecnología que tanto le apasionaba. “Me gusta sentirme rodeado de computadoras” le llegué a escuchar.

En mayo de 1992, algunas de sus ex-alumnas me recomendaron llevar un curso que estaba por ofrecer el todavía pasante de Biólogo Juan Manuel Ortega con los Doctores Arturo Chacón y Eduardo Antharamián. En mi caso, a la fecha me sigo dedicando a los temas que ahí se trataron en el último piso del edificio A donde se localizaba la Mapoteca Regional de la UMSNH. Nos mostraron el uso de software para manejar Bases de Datos (dBaselll+) y graficadores tipo “Harvard Graphics” y “Surfer”. Si bien hoy son reliquias sagradas de la computación tanto como los procesadores de texto “WordPerfect” y “Word”, la de Hojas de cálculo como “Lotus123”, o el “Sistema Operativo” MS2, en su momento popularizaron el uso de los equipos de cómputo en el medio académico de la Escuela de Biología. Al poco tiempo de ese curso, coincidimos en una sección de Botánica, yo como su auxiliar en el laboratorio y comenzó nuestra amistad. Se presentó la circunstancia de que el entonces director de la Facultad de Biología de la UMSNH, M.C. Miguel Martínez Trujillo, consiguió unas computadoras y le confirió a Juan Manuel la responsabilidad de administrarlas para apoyo en docencia, el primer centro de cómputo de la Facultad que empezó a operar con 5 ó 6 equipos, pero atendíamos y asesorábamos mañana y tarde, organizamos muchos cursos cortos, llegaron más equipos, una impresora, un escaner y ¡bum!: Comenzó la era de navegar en internet en modo texto, de enviar archivos vía “ftp”, de descargar imágenes vía “tin”, de chatear vía “fidonet”, de publicar anuncios vía “bulletin board system” y de buscar información vía “gopher”. De todo esto último yo les aprendía a Juan Manuel y a nuestra amiga la I.Q. y Biól. María Concepción González Fabián (Cony) quienes estaban más versados en esos temas. Ya digo, compraban libros y los estaban leyendo frecuentemente para realizar “monerías” en aquel internet prehistórico.

En ese tiempo, Juan Manuel y su familia rentaban una casa pequeña por el rumbo del Instituto Tecnológico y tenían un “VW” antiguo. Cuando algo no salía bien y no arrancaba, se bajaba a echarle mecánica y aseguraba: “nunca va a poder más una máquina que el ser humano”. Le era muy necesario un transporte porque siempre traía una mochila enorme, llena de libros, manuales, carpetas con diapositivas, muchos acetatos, gises, borrador, bolígrafos y cuadernos que llenaba el escritorio del salón donde daba sus clases. Y no podían faltar los GPS monstruosos del tamaño de una caja de zapatos que requerían configuraciones complicadas y que de otras facultades o los mismos grupos de trabajo en Biología le pedían aprender a manejar para luego explicarles.

Tenía mucho trabajo. Además de los grupos de Botánica atendía, no sin refunfuñar claro, a usuarios desesperantes, o a estudiantes de cursos de computación e internet que ya empezaban a ser imprescindibles. Mucha gente que no conocían un teclado de computadora. Ahora que escribo esto también me genera ansiedad recordar que a muchos de nuestros alumnos se les escondían teclas tan evidentes como “escape” y pues Juan Manuel entraba en histeria total, tanto él como Cony González, porque ellos eran unos expertos que usaban todos los dedos de ambas manos en el teclado, incluso viendo para otra parte. No lo justifico, pero sí comprendo que estallara con personas que se sentaban por primera vez en su vida frente a una pantalla y un teclado por lo que había que explicar varias veces la diferencia entre las teclas “back space” y “delete”.

Con todo y el montón de compromisos que tenía, se daba tiempo algunos fines de semana para ir a la cañada del río Chiquito a coleccionar helechos que eran el tema original de su tesis. Me platicó de un evento muy desafortunado que tuvo una vez que lo confundieron autoridades judiciales ahí por la “loma de las ánimas”, sucedió que, sin más, un día él sentado prensando sus helechos, llegó un sujeto y le pegó con la culata de su escopeta en las costillas, se quedó sin aire en los pulmones para reaccionar, pero oyó como le preguntaban desde la parte alta de la ladera al energúmeno que lo golpeó: “¿Estás seguro que es él?” a lo que la bestia confirmaba: “¡Sí, sí! ¡Ya lo tengo!”. Ni disculpas le dieron cuando confirmaron que no era a quien buscaban. Conocía muy bien la microcuenca de ese río. Años atrás, había acompañado a sus muestreos a la Biol. Consuelo Medina García, quien a la postre habría de presentar un listado florístico de más de 1,000 especies vegetales de esa zona. Una vez con un grupo nos llevó por la “barranca de la Zarzamora” luego de coleccionar en ese majestuoso Bosque de Pino y esa cañada con elementos de bosque mesófilo que es coronado con una

torre de vigilancia forestal en la cima de Pico Azul. Todos veníamos materialmente rodando en la bajada, menos Juan Manuel quien hasta el último momento sí dio un tremendo sentón bien feo, que por cierto también le sacó el aire y hasta se quedó sentado un ratito recuperándose. Se levantó bien enojado para regañar a las chicas que se estaban burlando. Eso sí, no le gustaba entrar en confianza con alumn@s precisamente para que no se prestara a que le faltaran al respeto.

Por ese entonces las autoridades de la Escuela de Biología promovieron un seminario en el que muchos chavos, en cierto modo rezagados en su titulación, pudieron obtener su licenciatura. Y aunque al principio Juan Manuel se aferraba con el tema de los helechos en el río chiquito, se dio cuenta que le iba a tomar mucho tiempo más el titularse con ese tema. Registró en la ENEP una tesis basada en el reconocimiento geográfico de la microcuenca del río Chiquito de Morelia. Su trabajo de licenciatura lo elaboró mediante SIG a mediados de los 90s y pues fue trabajo pionero, base para el desarrollo de muchos trabajos posteriores, tanto en el área geográfica como en la metodología y la temática. Bueno, a tal grado fue importante su trabajo que, en 1995, cuando se estableció el Programa de Maestría en Ciencias y la Escuela pasó a ser Facultad de Biología, lo requerían los profesores titulares de ese posgrado, que en su mayoría eran de instituciones que iban llegando a la región como la UNAM o bien, que no tenían un alumnado dadas sus funciones de investigación como el INIFAP. Ya como Biólogo, formalmente no era el titular de esa asignatura en la Maestría, pero sí se encargaba de las cuestiones prácticas que le encargaba el formal titular del curso.

Viendo la necesidad de formar en esa área a los jóvenes de la UMSNH, participó en el diseño de la materia “Métodos de Información Geográfica” para licenciatura. ¿Por qué Métodos y no Sistemas? Pues ni Juan Manuel ni Eduardo Antharamián le pudieron ganar a Fernando Guevara en el debate sobre el título de la materia. Guevara que también descansa en paz insistió, persistió, reiteró y por votación ganó su propuesta de que “no debía enseñarse el manejo de un software”. Por esa razón a mi juicio los alumnos pensaban que la materia era “Geografía” y por eso mismo fue eliminada en otros planes de estudio posteriores de la carrera y la materia trasladada como “optativa” durante muchos años. Los compañeros que tomaban las decisiones de que materias incluir consideraron que los SIG son meramente “programas de cómputo”. Pero eso a Juan Manuel no lo desanimó, de hecho, consideró que era pertinente entonces abundar en los aspectos teóricos asociados al manejo de la información geográfica.

También a mediados de los 90s fue que nos hicimos compadres. Pese a su ateísmo, atendió el reclamo de su esposa y familiares de presentar a Ianis, su hijo menor, a la primera comunión. De cualquier forma, motivo no nos faltaba para juntarnos en su casa a departir. Era un gourmet y toda su familia han sido y son unos extraordinarios anfitriones. Entre los recuerdos más gratos y que más atesoró de mi amistad con mi compadre es la memoria de esas tardes, en ese momento ya en su casa por Rincón de Ocolusen, oyendo música clásica, ópera, jazz, rock, boleros o incluso viendo en reproductora de VHS “La Flauta Mágica” o “Don Giovanni” de Mozart (subtituladas en inglés). A lo que seguía -por ejemplo- una sesión de escuchar cantos gregorianos, la degustación de un mezcal sabor guayaba que recientemente le había llevado una de sus hermanas desde Oaxaca o alguna otra exquisitez que preparaban él y su esposa Adriana. Eso sí, a mi compadre no le gustaba mucho el café ni fumar.

De pronto en muchas de aquellas tardes, nuestras charlas incursionaban en temas “multivariados” literalmente. Si el asunto lo ameritaba subía a su biblioteca que era el closet de su habitación acondicionada, y bajaba con algunas fotocopias sobre el método de Principal Component Analysis, o el artículo de un Journal, o una partitura de Bach. Ya entrados en ambiente de plano iba por la guitarra e interpretaba el concierto de Aranjuez o alguna pieza de Joaquín Rodrigo o Manuel M. Ponce y sin más, de pronto estábamos cantando corridos o incluso canciones de Chava Flores cuando llegamos a coincidir con nuestro buen amigo el también Botánico Dr. Eleazar Carranza González. Hubo una de esas reuniones, de las que más, más aprecio, en la que sus hijos todavía muy pequeños, se pusieron a cantar con él “El Niño Robot” de los Hermanos Rincón, música que por supuesto le pondría a que escuchara mi hijo años más tarde. Esa tarde Larisa, su hija la mayor que debe haber tenido menos de 12 años, me mostró su “cómic” favorito de un tal “Asterix y Obelix”, me explicó que correspondían a aventuras de Galos comandados por Vercingétorix, quienes la historia formal reconoce fueron derrotados por Julio César en lo que hoy es Francia ¡wow! Yo me quedé “¡pfff esta niña va a superar al padre!”.

Juan Manuel decidió entrar a la Maestría de la UMSNH con un tema territorial muy interesante: una propuesta de Análisis Multicriterio Multiobjetivo para ordenar los usos de suelo del territorio de la Cuenca del Lago de Cuitzeo. Colaboró en el grupo de investigación del Dr. Gerardo Bocco de la UNAM y luego de la fase escolarizada del posgrado se concentró a trabajar en la Mapoteca de la UMSNH con el Dr. Eduardo Antharamián.

A principios de año 2000, la CFE contrató o mejor dicho convino con la Facultad de Biología la realización de unas Manifestaciones de Impacto Ambiental (MIAs) para Proyectos de Líneas de Transmisión eléctrica (LT). Aquí aparecen algunas anécdotas que marcan primero una entronización y luego un giro en la forma de abordar los problemas de trabajo de parte de mi compadre. Resulta que las ministraciones de dinero para sufragar los gastos del trabajo de campo no llegaban y, eso sí, la CFE ya nos estaba pidiendo resultados. Al primero que le reclamó mi compadre pues fue a mí, que estaba de encargado de esa vinculación. Y le indiqué que el problema era que la administración no liberaba los recursos.

- ¿Ah sí? ¡Vamos a ver!

-Híjole. Me dije para mis adentros a ver si no maltrata a la administradora. Dicho y hecho, llegó gritoneando y por supuesto, la encargada llama a su superior y luego de un intenso debate, el secretario Administrativo nos extendió un cheque para esa salida. Se destapó el atasco. Fuimos a hacer el trabajo y estábamos armando el documento cuando la CFE nos sale con que: “hay modificaciones en la trayectoria”. Mi compadre estalla en cólera y en la reunión a la que venían a “negociar” nuevas condiciones económicas para la realización del estudio, mi compadre manda al mismísimo Residente de Construcción (un alto funcionario de CFE) literalmente a “freír espárragos”. Pero bueno, al paso de las semanas aquel desplante de mi compadre resultó positivo, porque negociamos que nos volvieran a contratar para esa segunda y hasta tercera y cuarta modificación, todas con una compensación económica para la Facultad. Esta vez y en lo sucesivo, ya existía un fondo de recursos económicos para gastos y hasta la Facultad se hizo de una camioneta con apoyo de la administración.

En todo el proceso mi compadre se comportó a su más puro y clásico estilo: muy estricto y exigente. Algunas de las personas que nos apoyaban en los muestreos se quejaban por su rudeza y desgraciadamente, entre esas personas estaba mi esposa, por lo que ahí (en 2002) se abrió un paréntesis de varios años en nuestro habitual trato cotidiano y cercano, pero seguimos coincidiendo en la atención a los grupos de Botánica y salidas al campo con alumnado. Ya entonces él como coordinador de diversos proyectos en el posgrado y sus tesistas me incluyeron en la revisión de trabajos, exámenes y pre-exámenes de grado. La Mapoteca hacía tiempo sin la batuta de Eduardo Antharamián ahora tenía el sello de mi compadre, acondicionada para trabajar los aspectos diversos de sus tesistas que iban desde los temas territoriales, los botánicos y desde luego de otros grupos biológicos como las serpientes e incluso las aves. Todo desde un contexto analítico, espacial, ambiental.

Mi compadre terminó brillantemente su Doctorado en la UMSNH, fue candidato y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Produjo muchos artículos científicos. Dirigió muchas tesis de licenciatura y maestría. Además, fue Coordinador del Programa de Maestría y entonces varios profesores lo impulsamos como candidato a la Dirección de la Facultad en 2014. Para ese entonces y luego de diez años de habernos medio distanciados, me di cuenta de cómo había crecido y cambiado en su forma de trabajar. Específicamente en su forma de tratar a las personas, de negociar y razonar, sin gritos ni aspavientos. No fue favorecido en aquel momento para el cargo de director.

En las dos veces en que participó en la contienda interna por la Dirección de la Facultad pienso que académicamente no eran rivales mis también amigos los M.C. Carlos Tena y Ramón López, respectivamente. Lo digo con mucho respeto. En ambas ocasiones el mejor curriculum y las mejores propuestas las tenía mi compadre. Pero un cargo como el de director no solo es cuestión curricular ni solo es cuestión de popularidad. Eso lo entendió muy bien mi compadre desde su primera contienda y supo armar un buen equipo de apoyo en 2018. Para entonces ya no lo respaldé, pero nada que le hizo falta mi apoyo. Porque contó con una amplia aprobación de los alumnos que sabían de sus capacidades y la de los profesores y empleados que sí lo apoyaron. Como he dicho de mi compadre en otros temas. Si algo le interesaba, como en este caso, no el cargo en sí mismo, ni el “poder” de la dirección, sino el impulsar cambios y organizar cosas diferentes en la Facultad se iba a meter y se metió a fondo. Lo intentó con todo y contra todos(as) sus detractores(as) que se afanaron en hacerle la vida de cuadritos durante su gestión. Aspectos de los que pude darme cuenta, aunque yo ya estaba retirado de la Facultad.

Fue muchas veces mi superior administrativamente como titular de los grupos de Botánica que compartimos. Fue mi jefe en el Laboratorio de cómputo que fundó. Fue mi jefe de materia en Métodos de Información Geográfica que diseñó. Fue mi jefe en la Mapoteca cuando el Dr. Antharamián a su retiro le cedió el puesto de comandó. Fue mi jefe en el posgrado de Maestría y por unas cuantas semanas antes de mi retiro fue mi jefe como Director de la Facultad de Biología.

Tengo muchas razones para admirarlo, para sentirme orgulloso de haber sido su colaborador en todos esos cargos, pero, sobre todo, me siento sumamente orgulloso y agradecido de haberlo conocido y tratado como mi amigo y compadre, como huésped y anfitrión en esas tertulias culturales y hasta por haber sido mi pañuelo de lágrimas en algunos de mis fracasos amorosos que él mejor que nadie conoció. Ese lado humano de mi compadre ha sido una de las cosas que más valoro. Poco antes de que se agudizara la crisis de su salud en septiembre de 2023 me permití enviarle estas líneas, las cuales suscribo plenamente y no tengo empacho en que se conozcan, porque son de todo corazón. Y con ello cierro estas líneas:

“Estimado compadre:

Me hicieron llegar un comunicado que diriges a tus amistades. Y yo, pretendo y me atrevo a incluirme entre esas personas. Lo que no termino por atreverme es a reconocer el contenido del mensaje.

Conociéndote un poco, sé que tu pensamiento -racional y científico- debe ser en este momento como el de Carl Sagan en su obra de Miles de Millones, que alguna vez comentamos.

¡Comentamos tantas cosas! En tantas creo habernos identificado mutuamente y en otras tantas llegamos a diferir en distancias así “carl-sagianas”. ¡Escuchamos tanta música! Y en gran medida a ti te debo mi reafirmación por preferir -por sobre todos los géneros- a la música clásica. Y no solo en la música. También en otras muchas cosas. Voy a decírtelo, así como lo estoy pensando: eres como un hermano mayor. De hecho, creo que tú me has compartido más pláticas, comidas, música (incluyendo guitarreadas), momentos familiares, y desde luego anécdotas y habilidades profesionales como ningún otro camarada, colega, exprofesor o hermano. Al tiempo que menciono estos últimos nombres de amigos en general, pienso y repienso y no encuentro a ningún otro que haya influido tan determinadamente en lo que soy o en lo que fui desde el punto de vista profesional y humano. En cierto momento, esta forma de admirarte, reconocerte y apreciarte, me llevó a ser objeto de “cotorreadas” de colegas como Alfredo Méndez o Eleazar Carranza, quienes me decían que te copiaba y me “mimetizaba” en algunas pautas conductuales contigo.

Pues lo hago patente en estas líneas: Te admiro y te aprecio. Siempre te he admirado y te he apreciado mucho. Incluso cuando por razones de aquel proyecto para CFE o en el proceso de elección de Director nos distanciamos.

Quisiera que no fuera real ese comunicado.

Me comenta Ricardo Pérez que te encuentras en reposo y con agotamiento físico. No quiero ni aburrirte, ni mucho menos importunarte con más cosas. Solo quiero reiterarte por enésima vez mi total, absoluto y pleno reconocimiento y agradecimiento por incidir en mí, como uno de los mejores maestros, amigos, compañeros y hermano mayor. Valiente, virtuoso, íntegro, honesto, y con quien siempre estaré en deuda por todo lo recibido.

Te mando un fuerte y solidario abrazo.

Alfredo”